

Fernando Vallejo
Casablanca la bella

Casablanca no es una ciudad, es una casa: blanca como su nombre lo indica, con puertas y ventanas de color café y una palmera en el centro de un antejardín verde verde. Y así ha sido siempre y así siempre será, incambiada, incambiable, como el loquito de arriba, el que dijo: «Yo soy el que soy». Yo también. Yo soy el que soy.

El penacho de la palmera va y viene al son del viento: de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, como una cabeza que dice «No», pero no; lo que quiere decir la palmera es «Sí» porque está contenta. ¡Si tu mujer fuera así! Yo gracias a Dios no he tenido ninguna: ni de niño, ni de joven, ni de viejo, ni de muerto. ¿Consecuentar yo mujeres? ¡Jamás! Mi desviada lujuria me salvó.

Pero no hablemos de mujeres que es tema insulso y volvamos al antejardín, en cuyo verde prado una mano sabia, antes de que yo naciera, entronizó en su centro la palmera. Es una palma real que a la fecha, habiendo enterrado a montones, sigue creciendo, como un niño, hacia arriba, hacia el cielo, hacia Dios. Desde lo más profundo del azul celeste, instalado entre el coro de angelitos que me acarician con su canto en las abullonadas nubes la estoy viendo allá abajo chiquitica, chiquitica... Así son las grandezas humanas vistas desde lo alto: poca cosa. Presidente no fui porque no quise. Papa tampoco porque no quiso Dios, que me tiene reservado para más altos designios. Y no me pregunten

cuáles porque aún no sé, me mantiene en vilo. ¿Podrá haber dicha mayor para el cristiano que salir en silla gestatoria todo emperifollado, bajo palio, bendiciendo a diestra y siniestra a la multitud que lo aclama? Bendición para el Este, bendición para el Oeste, bendición para el Norte, bendición para el Sur... Y el que no comió hoy, que cante.

Para verle el penacho desde abajo a la soberbia palmera hay que echar la cabeza hacia atrás, en ángulo acimutal, con riesgo de irse uno de espaldas contra el duro suelo. Enmarcan el antejardín unas maticas verdes y rojas. Ah no, no lo enmarcan, digo mal, son una simple hilera que se extiende contra la fachada apoyándose en su cal blanca. Ahí descansan las pobres de estar paradas al sol y al agua dándole felicidad al que pasa. Es importante aclarar que a las maticas verdes las salpican moticas negras, que si no, su verde se perdería en el del prado como un pleonasma. ¿Y cómo se llaman las maticas verdes y rojas, las unas con moticas negras, las otras sin? ¿Novios? ¿Geranios? ¿Bifloras? Ni lo uno, ni lo otro, ni lo otro. Se llaman «enmarcajardines». ¡Claro que el que vive en apartamento qué va a saber! Hoy en casa ya no vive nadie, y menos con antejardín. O sí, yo, el dueño de Casablanca. Porque han de saber que la compré. A ciegas, desde México la compré, dándole poder a un abogado y sin la menor idea de qué había adentro, en un acto de fe como el del que se va con una prepagó, con el solo recuerdo de su belleza exterior que me acompañaba desde la infancia. Las prepagó después digo qué son. En cuanto a mi infancia, me la pasé viendo a Casablanca desde el balcón de mi casa, la de enfrente, donde nació, la de mis padres, una casona boscosa que se hizo célebre por el homicidio que allí ocurrió, voluntario o involuntario, culposo o no, Dios sabrá, de uno de mis hermanos (veinte) muerto a manos de otro (dejándome diecinueve). Para no confundir la casona de mi niñez

con Casablanca, llamaré a aquella «Casaloca». Sí, mal que les pese a mis padres, que en el infierno estén, «Casaloca», un manicomio del que me fui a los once años, comienzo de mi vida pública. Con un hatillo terciado al hombro en el que había empacado mi escasa ropa, dando un portazo que hizo cimbrar la calle y que remaché con un solemne «¡Adiós hijueputas!» salí al camino, a torear al mundo y sus pederastas. Hoy mi casa, que quede claro, es pues Casablanca, no tengo otra, y me costó un ojo de la cara. De lo que fue mi infancia disoluta hablaré luego con profusión de detalles para deleite de los morbosos (aunque a lo mejor ni vale la pena). Construyamos por lo pronto sobre lo que ya tenemos: las fachadas, los antejardines, la vida en apartamento, las mujeres, la pederastia de la Iglesia, los angelitos del cielo...

¿Y dónde queda esa maravilla de nombre alígero sobre la que sopla el viento y que ya me está empezando a intrigar? ¿Abajito acaso de Tánger la políglota, al sur del áspero Magreb en el pecaminoso Marruecos que copula con hombres, mujeres, chivos, burros, cabras, mientras bendice a Alá? No. ¿Acaso entonces en la isla Margarita que perteneció a Bolívar si no ando mal? Tampoco. ¿En la Riviera tal vez, donde los chulos costaban, ay, antaño, *soldi spiccioli* pues hoy día, si los hay, costarán el otro ojo de la cara? Tampoco. Ni en el uno, ni en la otra, ni en la otra: en Medellín, Colombia, la ciudad donde nací, bautizada con el nombre del chiquero de Extremadura donde nació Cortés pero que hoy, a trescientos años de fundada, es un emporio con rascacielos, teleféricos, trenes subterráneos, puentes elevados, transmilenios, homosexualismo, aeropuertos... El corazón del planeta desde donde le dictamos al resto la norma. Y para mayor precisión y terminar de una vez con el engorroso asunto de la ubicación espacial (inevitable en este tipo de relatos ya que todo pasa

en algún lado), Casablanca queda en la mejor cuadra del mejor barrio de Medellín, Laureles, así llamado por sus majestuosos laureles de troncos gruesos y ramaje denso que nos dan sombra.

Por su fachada evocadora y su risueño antejardín compré pues a Casablanca sin saber qué me deparaba su interior. Casablanca por fuera era lo que era, tal cual la conservaba mi recuerdo; por dentro resultó una ciudad perdida, una villa miseria, un ranchito, un tugurio, una favela, una chabolla, una cárcel ciega y sucia, en ruinas, lagañosa, de techos bajos, asfixiantes, y con barrotes en las ventanas de los cuartos que daban a los corredores y a los patios como si unos palitos contorneados de deleznable madera pudieran detener a los ladrones que ya estaban adentro y que venían a robar y a violar en sus cuartuchos o celdas a las señoritas dueñas sin que los pudiera disuadir de sus torcidas intenciones ni misiá hijueputa, o sea Dios.

Los focos fundidos, las canillas chorreando, los cables de la luz chispeando, las alcantarillas deshechas, las tuberías rotas, zancudos en los desagües, moscas en la cocina, arañas en sus tejemanejes... He ahí lo que veían los desolados ojos del desmoralizado comprador. Los patios los habían cubierto con tejas de Eternit (la marca colombiana del canceroso asbesto que hay que sacar de las casas en demolición y de los barcos viejos con escafandra), colocadas sobre rejas de hierro oxidado de las que colgaban en unos zunchos zarrapastrosos unas plantas secas en proceso de fosilización, como las cucarachas que las visitaron en el precámbrico. Por fuera Casablanca era bella, por dentro era la oscuridad de un alma: la del canónigo que vivió con las señoritas hasta que murió, y que les dejó de herencia, instalado en el vestíbulo de la sala, un altar florecido de fotos suyas con los sucesivos papas desde el pérfido Pío XII de los tiempos de Hitler hasta

la estulta Benedicta de hoy. Casablanca era una estafa, el enorme engaño de que habla el Código Civil colombiano.

—¿Y por qué no me avisó de lo que era la casa por dentro? —le reproché a mi abogado en la acera, saliendo de la casucha tras mi inspección inicial.

—Por no desilusionarlo —contestó—. El hombre vive de ilusiones.

—Vivirá de ilusiones —repliqué—, pero usted vive de estafarme a mí. Se tramó con las solteronas por una comisión.

—Lo voy a demandar por calumnia y de paso a reportar a la DIAN para que le suban el predial. Sepa que si le escrituré la casa por menor valor fue para que le cobraran menos impuestos. Así paga el malagradecido un favor.

¿La DIAN? ¿Quién era? ¿Una prepago? Que me la mandara para darle bala.

—Y te me vas ahorita, como dijo José Alfredo.

Me tiró las llaves (siete) y las escrituras en la cara, se dio media vuelta, se montó en su camioneta de mafioso y arrancó haciendo rechinar las llantas. Entonces se puso el sol en el penacho de la palmera y cayó la noche sobre Casablanca y mi alma. Así acabó mi primer día en mi barraca. Paso a contar mi primera noche.

«¡Qué estúpido soy!», me decía volviendo a entrar de la calle y hundiéndome en el desconsuelo. ¡Siempre igual! Otra vez que me engañan. ¿Qué me costaba venirme de México a ver la casa por dentro antes de comprarla? No, tenía que ser ya. Ya, ya, ya. Todo lo quiero ya: el amor, la fama, el papado. Y no, así no funciona el mundo, que va a vuelta de rueda.

Prendí el único foco que habían dejado y no encendió. «Ha de estar flojo», pensé, y me encaramé en unos bultos de escombros a enroscarlo. Y en efecto, estaba flojo, pero al

enroscarlo se hizo un cortocircuito, saltó un chispero y se me empezó a quemar la casa. Corrí a una enredadera seca que había en el patio apuntalada en un palo, se lo arranqué, y a palazos logré apagar el incendio. Téngase presente aquí, porque hay que decirlo ya, pero ya es que es ya, que Casablanca estaba hecha de paredes de tapia o bahareque, es a saber un entramado de guaduas y cañas compactadas por una argamasa de tierra y excremento de ganado que le dan frescura a las casas, sí, pero que arden con cualquier chispita como Cristoloco el rabioso con los mercaderes del templo porque estaban vendiendo condones. ¡Cuántas no vi quemarse en mi niñez cuando les aterrizaban en los techos, con las candilejas todavía encendidas, los globos de papel de china que elevábamos en diciembre para celebrar la venida al mundo del Niño Dios! Una casa ardiendo místicamente en la noche por amor al Señor... ¡Qué espectáculo hermoso! «¿No habrá aquí una vela?»

¿Y quién encuentra una vela tanteando en la oscuridad de una casa desconocida? ¡Ay, Casablanca una desconocida! ¿En eso acabó mi amor? En eso. Bella por fuera, falsa por dentro, una prepagó. Salí de nuevo a la calle, cerré la casa con sus siete llaves y caminé hasta la Avenida Nutibara. Faros enloquecidos horadaban la oscuridad zigzagueando como culebras luminosas que hubieran perdido el juicio. Carros y más carros, motos y más motos, enfurecidos, unos para un lado, otros para el otro, resoplando, atropellando, mientras atronaba la noche el estrépito de las discotecas. ¿Discotecas en mi barrio de Laureles, el más decente, el más calmado, el más chic?

—Decente y calmado fue, y chic, y suyo: ya no más, *Ite missa est*. El tiempo no retrocede. Pasado que se volvió presente es como un inodoro que se vació.

—Señor, ¿dónde hay por aquí una tienda para comprar una vela?

—¿Y para qué quiere una vela? ¿Qué va a incendiar?

—No, nada, es que se me fue la luz en la casa.

—Vaya a Pomona. Allá.

Y me la señaló en la acera de enfrente. Cuando traté de cruzar la avenida, que en veinte cuadras no tiene un semáforo, una moto endemoniada me pasó rozando y por poco no me mata. ¡Le vi las tetas a mi noviecita la Muerte!

—¡Viejo hijueputa! —me gritó el parrillero.

¡Cómo! ¿No dizque estaban pues prohibidos aquí los parrilleros porque les disparan desde atrás de las motos a sus víctimas mientras sus compinches sicarios manejan?

—Aquí todo está prohibido. Y donde está prohibido todo nada está. Todo es nada y nada es todo y todo pasa, señor, todo cambia, la ciudad, el país, el idioma.

¿Y yo? ¿También cambio yo? ¡Jamás! Soy el que siempre he sido, un río fiel a su corriente. En mis remolinos revuelco vivos y los pongo a girar, a girar, a girar como disco rayado a 78 revoluciones por minuto. Con su último «¡Dios mío!» en la boca los saco boqueando, para volverlos a hundir para volverlos a sacar, ahora sí que ciento por ciento ahogados. ¡A mí no me cruza nadie, ni se me mete a bañarse y a orinarse en mis pundonorosas aguas! Por paisajes de ensueño me los llevo entonces rumbo al mar. Planicies, praderas, palmares, manglares, dehesas... Garzas que creen en la felicidad, uno que otro jaguar que allá llaman «tigres», monos de poca monta, un pájaro carpintero demoliendo un árbol, gusanos comiéndose una orquídea... ¡Qué hermosa eres, Colombia! Durante el viaje fluvial los gallinazos le aterrizan encima al ahogado y, como niño que le saca la cuerda al payasito de juguete que le trajo en Navidad el Niño Dios, de ociosos se dan a extraerles con fruición las tripas. Soy el Magdalena, soy el Sinú, soy el Cauca. Vengo desde lo alto de las montañas y voy hacia el mar. Y llego pero no llego.

Velas no había en Pomona: linternas.

—Linternas no, señorita, quiero velas. Velas que alumbran santos y quemem casas.

—No hay.

—¿Entonces para qué están ustedes? A ver, dígame, hable, ¿qué función social cumplen? Aguardiente sí tienen, ¿eh? Lo estoy viendo.

—De eso sí —contestó la estúpida.

Medio barrio de Laureles me recorrí buscando la vela hasta que la encontré: en un tenducho convertido en cantina aguardientera, de lo más vil, atestado de holgazanes sentados en sus culos alicorándose y viendo en la caja estúpida a veintidós adultos infantiles darle patadas a un balón. Un calvo piernipeludo de cuarenta o cincuenta o sesenta años hacía sonar como endemoniado un silbato.

«¿No me quemará esta sagrada vela a Casablanca la traidora?», me iba diciendo de regreso a Casablanca con la vela y cruzando de vuelta la avenida, cuando... ¡chaaas! Que me pasa otra moto zumbando con sus dos sicarios:

—¡Ponete las pilas, viejo marica! —me gritaron.

«Viejo», «marica» e «hijueputa» en menos de veinte minutos, ¿quién resiste? Saqué un revólver de la cabeza y les di bala.

—Conque muy apuraditos, ¿eh? Las balas van más rápido que las motos, par de sicarios maricas.

Corrí hasta donde cayeron los dos sicarios maricas, y les acabé de vaciar el tambor en sus putas testas. Se fueron los interfectos a darse besitos en la boca en la eternidad.

En México, país civilizado, sólo matan lo preciso. Aquí no. Ve el cafre que maneja a un peatón cruzando la calle, y en vez de disminuir la velocidad acelera. Salta la liebre porque salta o se va a rendirle cuentas a Dios. Por eso viejos aquí casi no hay. En Colombia los viejos mueren jóvenes.

Cerrar la casa con sus siete llaves al salir fue difícil; abrirla al volver, un milagro. Metí una de las llaves en la cerradura equivocada y se atoró. Casi me quedo a dormir en la calle a la intemperie como indigente, en el antejardín debajo de la estúpida palmera que ni protege del frío ni protege del calor. Las prepago son putas y los indigentes desechables, que con toda razón así se llaman. Lo que no destruyen lo empuercan, lo que no empuercan se lo roban, lo que no se roban lo dañan, son vándalos. Se cagan en los antejardines, y los medidores de agua de las casas, que tienen que estar en las aceras para que los lea el cobrador, se los roban para sacarles el cobre y vendérselo a los «reducidores», palabra de allá. Lo que sacan del cobre se lo gastan en basuco, que es cocaína fumada. Villanueva, la basílica, la catedral, la nuestra, nuestro orgullo, la más grande en ladrillo cocido en el mundo y séptima en tamaño bruto, desde hace años se la están fumando. Como va horadando la gota de agua la piedra sobre la que cae, poco a poco le han ido raspando los ladrillos, que van convirtiendo en humo. ¡Le encuentran propiedades alucinógenas hasta a Dios!

Acomodé los bultos de escombros en el piso a modo de lecho improvisado, me instalé sobre ellos con la vela al alcance de la mano para apagarla cuando me viniera el sueño, no me fuera a quemar el tugurio la alumbrasantos, y me entregué a rumiar mi negra suerte y mi desdicha. «Si una casa es bella sólo por fuera, por su antejardín y su fachada, lo es para el que pasa, no para el que vive adentro, ¿sí o no?», me iba diciendo. ¡Qué estupidez haber comprado a Casablanca! ¿Y mañana? ¿Qué me depararía el siniestro día de mañana? «La negra noche tendió su manto, surgió la niebla, murió la luz, y en las tinieblas de mi alma triste como una estrella brotaste tú.» Era el doctor Alfonso Ortiz Tirado, médico y tenor romántico, cantándome «La negra noche».

A mi abuela la ponía a llorar cuando lo oía por radio. Yo radio no necesito. Ni equipo de sonido, ni casetera, ni iPad, ni iPod, ni nada de nada de nada. Por don de Dios oigo estereofónicamente en mi interior sin necesidad de aparato: pasodobles, boleros, porros, cumbias, rancheras, danzones, milongas, valsecitos... Musiquita hispánica pues, porque la gringa la detesto.

—¿Y la clásica?

—También. Le cogí tirria.

—¿Tirria a Mozart? ¡Por Dios!

—Dios no tiene que ver con la música. Él es sordo.

Entonces fueron entrando, vacilantes, recelosas, mis hermanas las ratas, dando un pasito, otro, otro, calculando mi reacción.

—Pasen, niñas, pasen, que están en su casa. Si es que se puede llamar casa a esta madriguera. No teman que hace mucho que renuncié a Cristoloco y a su infame Iglesia y a su tartufo papa porque nunca han querido a los animales. ¿Sí sabían que Cristoloco, que era un cordero, comía pescado? Se zampó un platón de puta madre que le dieron sus acólitos acabando de resucitar, con yucas fritas y arracachas. Ya les abrí su buen boquete con un torpedo que les disparé desde México y no pienso descansar hasta que los hunda. ¡Pólvora es lo que me sobra en este barril que está que explota!

—¿Usted es el mexicano?

—Ajá...

—Se nos hacía conocido... Muy mentado. ¿Vino a quedarse?

—Ajá...

—Ojalá que lo dejen hacer el bien.

—Ojalá.

—Pero cuídese que aquí hay ladrones hasta pa tirar p'al zarzo. Brotan del monte como la maleza. *Parturient montes,*

Sobre el autor

Fernando Vallejo nació en Medellín, Colombia. Estudió filosofía y letras en universidades de Bogotá y dirección de cine en el Centro Experimental de Cinematografía de Roma. Ha vivido gran parte de su vida en México, donde ha dirigido tres películas y escrito la totalidad de sus libros, algunos de los cuales han sido traducidos a múltiples idiomas. El gran amor de su vida son los animales, y su única causa es su defensa.